

ISABEL BABOUN  
LA TAILANDESA

TUSQUETS  
EDITORES

## UNO (Calle)

Circunstancias, de eso se trata. Camino al colegio repasaba esa lección como la más importante. Nos definen, nos determinan, igual que a los personajes en una obra. ¿Y si no se presentan?, ¿si las circunstancias no se dan?, ¿si la fila no avanza y la oportunidad no nos encuentra? Esperar, parecía ser la consigna. Cada vez que salía del departamento para ir a trabajar, me repetía estas cosas. Me cansaba el colegio. Ser profesora donde mismo había pasado mis años de escolar. Circunstancias, de eso se trata, volví a decirme. Dejar de enseñar teatro y dedicarme a actuar... No, había frenado ese impulso tantas veces dentro de mí. Hasta ahora.

Desde que era profesora me acostumbré rápido a los niños y de inmediato entendí que no era el tipo de trabajo que quería. A pesar de hacerme el hábito no encontraba el fondo, el sentido de hacerlo; a veces sí, la mayoría de las veces no. El cariño que sentía hacia ellos, el tiempo que dedicaba a mis clases, mi atención a cada uno no eran forzados, lo hacía dedicándome de verdad. Preparaba cada cosa esperando complacerlos. Intentaba vivir un sentimiento. Circunstancias, de eso se trata. La idea constante de irme alimentaba mis ganas de quitarle el cuerpo a esa vida y llevarlo hacia otra. El boxeo tailandés me ayudaba a

entrenarlo en la búsqueda de algo mejor. Dejar de vivir la espera como un esfuerzo.

Antes del Muay Thai lo intenté con el boxeo tradicional. Fui al Club México en calle San Pablo un día de muchísimo calor. Buscaba asomarme a un mundo desconocido. Exte-  
nuar el cuerpo. Evadir las relaciones de mi vida que hacía tiempo carecían de entusiasmo. A las catástrofes que muchas veces imaginaba sin motivo. Más de alguien me sugirió que practicara un deporte cuando me encontré varada entre los llantos de Máximo y los portazos con él. Según la Nancy y el horóscopo, los recomendados para mí eran: arco y flecha, waterpolo, remo. Motociclismo y fútbol americano debía evitarlos. El boxeo no aparecía en ninguna lista. Y, por supuesto, fue el que elegí. Sus luchadores dicen que no es un deporte, sino el deporte al que aspiran los demás deportes. ¿Y por qué no me habías contado?, me preguntó la Nancy llena de melodrama cuando le conté meses después. Porque no tenemos que contarnos todo, le dije. Tienes razón, contestó ella, como amigas no tenemos por qué, y menos si somos las mejores.

El boxeo no destroza ni desarma, no al menos como yo imaginaba. El boxeo prepara. Instruye el cuerpo y la cabeza. Ese día me abrí al entendimiento de mi propia cadena de postergaciones que empieza con cada relación de mi vida. Mi relación con Máximo, con el teatro. Mi relación con Luisa, directora del colegio, con los alumnos. Mi relación con la Nancy Soto, mi amiga actriz. Mi relación con el deseo, donde empieza y termina todo. Tener objetivos como los tiene un personaje. Tener objetivos para sostener el deseo como ocurre en el teatro. Mi objetivo más próximo era llegar al colegio. Hacer mi trabajo como profesora. Presentarme ante los alumnos. Frente al colegio como actriz después de veinte años sin subir a un escenario. Moverse hacia adelante es mo-

verse hacia lo tenebroso. Hacia una lucidez aparentemente normal, hacia lo inmediato. Pero en lo inmediato es que la vida se agota. En el cumplimiento de objetivos cortos. En la espera de cumplir los más largos es que nos castigamos. En la expectativa de creer que cumpliéndolos, algo se libera. No puede salir mal. No, no puede salir mal. Circunstancias, de eso se trata, y de no perder nunca el objetivo.

Siempre que caminaba de regreso a mi casa después de trabajar pasaba por fuera del Club México. Me había convencido de que el boxeo era algo que podía llegar a dominar con precisión si era rigurosa. Cruzarme con ese club cada vez que iba o regresaba del colegio se convirtió en una señal, un tipo de llamado que tenía que atender. Una alerta de mi corazón que pateaba diciéndome cruza la calle, preséntate con un entrenador, anótate para una clase. Y fue lo que hice. Pagué la inscripción. Elegí un horario. Regresé al día siguiente con un par de guantes, ropa deportiva, un bolso donde guardar los implementos. Ese lugar con aspecto de gimnasio pareció recibirme de inmediato. A mí, a los hombres y mujeres diez años más jóvenes que yo, acostumbrados a las exigencias del cuerpo.

Club México. Leí sobre su historia en internet. Que había empezado en 1934 cuando un grupo de personas del cité La Conga decidieron formar una academia. Que esa academia se había levantado primero sobre un establo que le arrendaron a un hombre amante del boxeo y que después transformaron en gimnasio. Que años después fue demolido y convertido en un puente sobre la Autopista Central. El Club México había empezado en 1963 y funcionaba hasta el día de hoy. “Nacimos para ser grandes”, leí en el mural del pasillo mi primer día de clases. Correr por graderías en círculo.

Subir escaleras saltándome peldaños de dos en dos. Sentir las piernas calientes. Acelerar el golpe de los puños al aire. Primera posición. Segunda posición. Guardia. Sombra. Trabajamos en pareja. Sin entrar al cuadrilátero, nos pusimos una frente a la otra. Avanzar hacia adelante y hacia atrás, de izquierda a derecha, dibujar en el suelo un cuadrado con los pies. El cuerpo en guardia. Las manos en puño protegiendo la cara. Los pies separados uno del otro. Repetimos cada movimiento como una coreografía varias veces y mientras lo hicimos, ella me habló del Muay Thai. Tú serías buena, dijo. Es un boxeo más libre, con reglas pero no tantas. Se considera un arte marcial. Se permiten codazos, rodillas, patadas. Se pelea descalza y con guantes. Lo prefiero al boxeo tradicional, dijo, aunque combinarlos me ayuda a perfeccionar mi técnica. En Santiago hay muchos sitios de Muay Thai pero pocos donde el entrenamiento es serio y exigente. Le pregunté por alguno cerca. Barrio Yungay, dijo. Hacen clases todos los días por la tarde. Podrías ir, y verlo tú misma.

Fui hasta calle General Bulnes exactamente un día después con la dirección que ella me había dado. Caminé desde mi casa sintiendo el efecto del entrenamiento del día anterior. Brazos débiles, piernas cansadas. Llegué nerviosa. El lugar no tenía ningún letrero que anunciara que ahí se enseñaba a boxear. Una puerta angosta y negra de metal, abierta en una calle sin muchos autos. Me bastó mirar hacia adentro para decidir que ahí sí encontraría algún tipo de refugio. Que esa casa de fachada antigua, con cuadrilátero en el centro y varias colchonetas cerca, con seis o siete hombres a torso desnudo concentrados en mantener la sombra en guardia, empuñar cada segundo en un golpe, traspasar el aire con la mayor rapidez, sería un resguardo después de mi jornada en el colegio, las noches mal vividas con Máximo, mis pesadillas diurnas.

El lugar era una casa que se abría a un suelo de cemento cubierto por otro de goma armado como rompecabezas con piezas rojas y azules. Al fondo, el cuadrilátero. Alrededor cuerdas para saltar, una banca para hacer pesas, diferentes pares de guantes de boxeo gastados, un saco enorme y negro que colgaba fuera del ring cerca de otro más pequeño. Atrás, la única escalera que había y que llevaba hacia los baños.

Fuera del ring una mujer sacudía dos cuerdas inmensas con las manos. Parecía que agitaba las riendas de un caballo urgida y con apuro. Mirada fija en un punto. Mejillas coloradas. Piernas abiertas, flectadas. Más allá, cinco hombres a espalda desnuda dentro del ring haciendo abdominales. Flexiones de brazos. Estocadas. El más alto tenía un tatuaje desde el costado de un brazo que se encaramaba por el hombro y bajaba por la cintura. Los hombres más delgados tenían tatuajes en las manos y el cuello. El que se veía más gordo no tenía tatuajes visibles. El muslo derecho de la mujer de las cuerdas dejaba entrever un conejo en blanco y negro que asomaba tatuado bajo su calzas cortas. Entendí que entre todos hacían un circuito. Un reggaetón sonaba de fondo. Sudaban. Hacía calor. El aire era pesado aunque no llegaba a ser incómodo. El lugar se alimentaba de la luz blanca de una ventana sin abrir que había en el techo. Se oían algunos gatos caminar encima. La puerta de metal por la que yo había entrado la mantenían abierta.

Me preguntaron si quería sumarme. Que después de ellos empezaba una clase para principiantes. Que podía tomarla sin compromiso. Acepté.

No necesitas experiencia. Sin zapatillas antes de entrar al tatami. Elige una cuerda. Un lugar en el espacio. Salta diez minutos. Los baños están arriba. Las canilleras, guantes y cabezal, sobre la repisa. Colócate un par de cada cosa después de calentar. El cabezal no lo necesitarás hasta un par de

semanas. Me llamo Rico, dijo quien se presentó como profesor. Su tatuaje era un dragón que empezaba en la costilla izquierda y se abría hacia el muslo derecho sobre la tibia. No era el único. Tenía otro, dos llamas entremedio de nubes que parecían incendiarle la espalda.

Eran las ocho y media de la noche.

En mucho tiempo y por primera vez tuve alivio de sentir la sangre agolparse en mi cabeza mientras saltaba de manera torpe. La debilidad de mis piernas al patear el aire con la tibia. La debilidad de mis puños al golpear un saco que apenas se movía aun pegándole con toda la fuerza. Mis pulmones llenándose de aire. Las muñecas flojas debajo de los guantes. Ojos abiertos. Mandíbula tensa. La nariz inhalando y exhalando fuerte. Ganas de llorar.

Fue así que rodeada de hombres en pantalón corto y espaldas entintadas con figuras que parecían animales mitológicos o ráfagas de humo armándose a sí mismas, cada vez que se agachaban o encogían el cuerpo después de una caída, yo fundía mi respiración con la de ellos. Mis latidos ya no eran normales sino ruidosos. Latidos de un corazón que sonaba desesperado debajo del pecho, ágil, como el animal que siempre había sido y que hasta entonces no conocía. El polvo que levantaba el suelo. La cuerda pellizcándome la piel si tropezaba con ella. Puño, rodilla y codo. Rodilla, puño, codo y rodilla de nuevo. Combinar la destreza del cuerpo, el asombro. La capacidad de alerta como en el teatro. La de reacción. El miedo. Entrenar el miedo para volverlo aliado. Entrenarme yo misma en mi propio miedo al dolor.

El golpe siempre debe ser una bala. Nunca más lento que el dolor que el oponente deja sobre ti. Siempre de pie aunque utilices distintas técnicas de agarre. Una partitura. Una co-

reografía que consigues entrenando tu sombra, una y otra vez frente al espejo, sola frente a una muralla, con nosotros. Relámpago tienes que ser contra el oponente. El arte de las ocho extremidades, no te olvides.

Dormir las noches de los días que entrenaba era rendirme sobre la almohada igual que una guagua satisfecha de succionar la leche. Pero la violencia. Pero la violencia qué, me preguntaba yo después de clase. Qué hacer con la que no cabe, con la que se queda trabada dentro. Enterrar un codo. Zafar una mandíbula. Patearle al oponente las costillas con la tibia. Una, dos, tres veces. Desarmarle la respiración. Cortarle la piel de la mejilla con un recto. Darle rodillazos a la boca del estómago. Ahogarlo. Instrucciones. Técnicas de ataque. Herramientas que el cuerpo trae y que no conoce hasta que aprende y repite hasta utilizarlas antes de que la cabeza decida hacerlo. Te van a marear de un oído. Te van a aturdir. Tú misma te vas a morder la lengua si no te proteges la cara con los puños. Somos violentos. Lo somos si reconocemos el grado que tenemos de ella metida en el pecho. Si no la conoces, si no experimentas esa violencia por mínima que sea, nunca sabrás con quién estás peleando. Yo sé que podría matar a alguien si deo mi rabia actuar a voluntad. Matar a alguien, había dicho el Rico. La maldad provoca desde sus extremos. Encontrar su equilibrio y desde ahí pararnos a pelear. Entrenar el cuerpo es entrenar la capacidad de tu propia violencia. Él hablaba, yo me vendaba las muñecas. Ni muy apretadas, ni muy flojas. Hay tutoriales en YouTube que enseñan a colocártelas. El Muay Thai es simple. Si practicas lo conviertes en disciplina y entonces tienes el dominio. Entrenar. Repetir. Fuera de clases practicar. No hay otra manera para mejorar el propio ataque.



La primera semana que amanecí con moretones sentí satisfacción. Marcas de guerra, diría el Rico. Las rodillas con hematomas. Las tibias hinchadas y un tono morado. Se irán formando microfracturas, me advirtieron mis compañeros. Que mis piernas se acostumbrarían a pegar y recibir golpes. Que ese camino las haría más gruesas y fuertes.

Despertaba con dolores. La piel enrojecida, y así me iba a dormir. Te estás convirtiendo en una persona peligrosa, me dijo un compañero en clases. Tenía las expansiones más grandes que yo había visto. De su boca salía un olor fuerte cuando entrenábamos cerca. Olor que a mí nunca me importó como tampoco los que salían de mi cuerpo o el suyo. Había días después de entrenar, incluso, que me saltaba la ducha y partía directo al colegio. Me gustaba quedarme así, impregnarme con él. Ese olor de alguna forma era una etiqueta, una marca que me distinguía: la de ser alguien potencialmente capaz de provocar daño.

Dos años después participé en mi primer torneo. Mi categoría era la de principiantes. Tres rounds por pelea. Tres minutos de duración. Dos minutos de recuperación entre cada uno. Me fracturaron la muñeca en el segundo. El Rico me pidió que entendiera ese día como un bautizo. Había sido mi primera lesión seria después de una pelea. No creí que esa categoría podría dejarme inútil tan rápido. Un año antes, me explicó él, a la mujer que te golpeó con la tibia en el brazo otra más fuerte que ella pero del mismo peso, le quebró la nariz. Bajó la guardia igual que tú, y no supo reaccionar. La guardia no se baja jamás. Que te quede claro.

La consciencia del dolor la llevamos en cada célula del cuerpo. Es antes que la razón. Antes que el miedo al dolor. Quizás el dolor sea eso, un tipo de resistencia, una forma de negación. Pero se transforma. El dolor se transforma y noso-

tros con él, aunque nos creamos capaces de ponerle fin con el cuerpo alerta.

Caminaba sobre una vereda angosta, atestada de gente. Para llegar al colegio faltaba llegar al metro y cruzar varias estaciones. Mientras avanzaba yo hacía repaso del monólogo que había preparado. Movimientos que haría con el cuerpo, la voz que usaría, el texto de memoria. Volvería a actuar y no lo creía. Había ensayado. Había preparado un personaje. Había asumido que para actuar era necesario perder cierta cordura y olvidar temporalmente toda apariencia y protocolo. Una versión de mí misma. Una adaptación de mí siendo otra. Clitemnestra. *Clitemnestra o el crimen*, escrito por Marguerite Yourcenar. Era eso lo que yo le ofrecería al público inconforme y exigente de profesores, apoderados y niños del colegio.

Avanzaba a paso firme. Me sentía dislocada, como si algo se hubiera corrido, salido de lugar. “Mueve la rajuela, abajo, arriba, hazlo como si doliera, como si doliera, qué, ¿no te gusta trabajar?”. Ese reggaetón insoportable. Máximo. Su madre. La falta de sueño. El cansancio. Su MADRE. Tirar. Todo se repetía dentro de mi cabeza con un gusto amargo sobre la lengua. Asco. Ganas de escaparme lejos. Olvidarme de cómo habían sido las cosas. Olvidarme de que yo formaba parte de esa cadena repetitiva de escenas y circunstancias irremediables.

Cerrar los ojos. Olvidarme del miedo. Caminar, caminar, caminar.

Pensé en la cara que pondría Luisa cuando me viera actuar frente a todos. Pensé en su cuerpo menudo, lleno de huesos más que de músculos y grasa. En su escote. En su mirada recriminadora. En el control que ejerce sobre mí porque tra-

bajo para ella y ella no me debe nada porque soy yo quien tanto le debe al mundo. Agradecida deberías estar de tener un lugar entre nosotros. Si me parecía escucharla. “La zorra más sexy”. Pienso en el ceño fruncido de su cara. En lo rasposo de su voz. En la presión que empuja sobre mí limitándome a no pedir más, a conformarme, a agradecer el trabajo. A trabajar.

A pie me abría sobre una calle que llevaba casi un año reparándose. Avanzaba entre cuellos perfumados y pelos limpios. Entre quienes lucían impecables para empezar el día. No era mi caso; apenas alcancé a mojarme la cabeza con el agua más fría que recuerde. Enfriar el relato de Máximo. La imagen de sus ojos húmedos. La de su boca hirviendo con cada palabra que dijo mientras narraba la escena quejumbrosa con su madre. Amarga. Porosa. Húmeda como la lengua suya y la de su madre. “Pero eres una buena chica, la forma en la que me agarras, debes querer ponerte indecente”. No, a ese reggaetón tampoco podía enfriarlo ni apartarlo de la rabia que tenía y que amenazaba con querer cortar-me las orejas a mí, en un solo tajo.

El dolor en la muñeca después de golpear el televisor. La puerta de la cocina. La lavadora. El microondas. Cada cosa que yo había destrozado antes de salir del departamento camino al colegio quedó ahí, recordándome lo que había pasado. Avanzaba dudando de la realidad que tenía en frente, una que no parecía ser la que tenía que vivir porque había otra: una muchísimo más hilarante a la que podía pertenecer. Apenas se asomaba parecía irse de nuevo.

¿Quién me había presentado a Máximo?, la Nancy, por supuesto. Mi mejor amiga. Actriz como yo. Ella lo había llevado primero hasta su cama. Intentaron una relación. Duraron poco. Duraron nada. No supimos llevarnos, me comentó

sin darme detalles. Nada mencionó sobre los dramas que vivió con él mientras estuvieron juntos. Hacerlo habría sido asumir un tipo de fracaso y ella, si algo sabía hacer muy bien, era disimularlos todos. Después me lo pasó a mí, a Máximo, como deshaciéndose de un suéter roto o un par de zapatos que de tan chicos oprimen los dedos hasta deformarlos. Nosotros, en cambio, persistimos. Llegamos a durar años. A vivir juntos. Llegué a necesitarlo. A conocer el ritmo de sus tristezas, el de sus innumerables fugas. Nos mantuvimos firmes en la idea de permanencia. Persistir. No como la Nancy aunque ella diga que sí, que ella ha sido mujer de una sola línea. Alguien para tomar en serio.

Con Máximo nos reencontramos en el estreno de *Feas, tontas, pero con gracia*, obra donde la Nancy tenía un protagónico. Envuelta en una bata de terciopelo azul y descalza, salió a abrazarme. Te felicito, le dije. El estreno había sido con periodistas y cámaras de televisión. Una publicidad escandalosa. Fotografías enormes de ella en paraderos. Pantallas que se iluminaban de noche en los edificios más altos de la Alameda. Después de los aplausos y abiertas las puertas del teatro, estaba Máximo entre tapaditos, copas de vino tinto, y actrices igual de famosas que la Nancy apretadas en vestidos cortos que dejaban sus cuerpos, no tan jóvenes, mostrarse tonificados. Una parte de mí se sintió dichosa de no formar parte de ese clan. Otra, lo deseaba con el mismo ímpetu de joven, ese que espera atento a sacar las garras para engancharse y no soltarse más. Pero mis garras habían perdido filo. Mi instinto se había domesticado. Tenía uñas cortas que no servían para trepar árboles ni destripar insectos después de matarlos. Con una copa de vino tinto en cada mano, Máximo se acercó. Diana, ¿verdad? Sí, le dije. La Nancy me sopló tu nombre. Dijo que necesitabas compañía, agregó él, entregándome la copa más llena.

Había dejado el departamento con más de veinte minutos de retraso. El impulso de destrucción que horas antes creí haber vaciado sobre el televisor con el martillo y después vomitando, parecía atenuarse. Me sentía en sombra, yo misma, como si mi propio cuerpo me hubiera dejado atrás. El colegio estaba en su mes de aniversario. Era el último día de celebración. A nadie le importaría si yo llegaba atrasada. No estarían controlando con los ojos estrictos de siempre. Seguro estaban cantando el himno. Enfilados. Erguidos. La mirada al frente. Las manos tomadas por la espalda. El falso orgullo.

Qué bueno, me lo estoy perdiendo, pensé. Llegaría cuando estuvieran en las jornadas de reflexión. A mí no me tocaba guiar ninguna; como profesora de teatro me correspondía hacer una clase antes de presentar mi monólogo. Clase que no había preparado, una mala costumbre que adopté los últimos meses. Los alumnos me dirán qué hacer y yo les diré que sí. Nunca me habían visto actuar. Quizás sobre el escenario del auditorio cuando les enseñaba o corregía, pero no como actriz. No interpretando a un personaje como el que Luisa me había pedido que hiciera para el aniversario del colegio. Ser creativa. Es lo que dictó mi cabeza apenas recibí la instrucción de ella meses atrás: preparar un monólogo centrado en la mujer. Y con el paso de los días empecé a imaginar qué era capaz de hacer yo como actriz después de veinte años sin actuar. A mis alumnos de teatro siempre les he dicho que para crear un personaje hay que imaginarlo dentro y fuera del cuerpo. Como una sombra proyectada más allá de nosotros. Su imagen delante de los ojos y detrás de la cabeza. Nosotros entremedio. Nosotros mediando ese espectro. Les digo: Vivan el personaje que inventan como

una gran burbuja a la que se van a vivir por dos horas dejando afuera todo lo que amenaza.

Imaginar es un lugar protegido. Una burbuja que debemos empujar hacia arriba en contra de la gravedad. Impedir que caiga. Permitir que nos envuelva por encima de la vida que tenemos y que tantas veces dejamos de ver por verla demasiado. Alejarnos. Imaginar es tomar distancia. Estirar la medida de lo vivido con lo anhelado.

Imaginar, les digo yo a mis alumnos, es alejarse del miedo, volverlo remoto, inexistente. El miedo con la imaginación se anula, explota. Es así como la imaginación trae la presencia de otra realidad.

Luisa me había dado instrucciones que yo estrictamente debía respetar. Cercos. Sus instrucciones funcionaban como cercos para la burbuja a la que yo entraría una vez me presentara. Pero yo no quería subirme al escenario entre cercos. Concéntrate en respetar las reglas que te di y en evitar cualquier dramatismo para no aburrir a los apoderados y niños y profesores que estarán ese día. ¿Te crees capaz?, me preguntó ella. ¿Capaz?, repetí, sin abrir la boca. No sabía. No tenía cómo saber y a pesar de eso dije sí, por supuesto que soy capaz. La pregunta había despertado en mí la necesidad de hacer algo más bien trágico y delirante a pesar de las indicaciones de ella. El impulso de sumergirme en emociones conflictivas, en un personaje cargado de culpas sobre decisiones mal tomadas era una motivación que podía aprovechar a mi favor. Presión laboral. Presión en el amor. Lucha constante entre mi cuerpo y el de Máximo en el amor. ¿Mis propias frustraciones?, cualquier atisbo de destrucción que viniera de mí, cualquier falta de libertad. El personaje que Luisa me había pedido podía ser yo misma. Punto de partida posible. En el teatro siempre somos una versión de quien se

es. Preguntarme por el dolor. Una mujer preguntándose por el cuerpo como soporte para el dolor. ¿Qué resultaría de eso? No tenía idea. Sí sabía que el escenario es un espacio para la imaginación. Que el teatro es un espacio de representación. Uno entre ilusión y realidad. Ya un poeta en 1817 lo dijo: “La imaginación puede ser comparada con el sueño de Adán —él despertó y lo halló verdadero”.

El punto de partida es el cuerpo, aprendí estudiando teatro.

Prepararme como actriz desde que Luisa habló conmigo hasta el día de la presentación fue preparar esa imaginación tantas veces enemiga. Transgredir el horror que a veces trae porque atrapa. Crear un personaje y repetirme sorda, ensimismada, una y otra vez: actuar será una alegría aunque sea engañosa. No puede salir mal, no puede salir mal. Dar el máximo. Tu mayor esfuerzo. Tu mejor interpretación. Yo era la única a cargo de las decisiones a tomar, de la forma que le daría al personaje, de la voz que usaría una vez subiera al escenario. Pero había reglas que cumplir. Un público que convencer. Un público que entretener.

Con el paso de los días revisé apuntes y notas que había guardado por años. Cuadernos de mi época de estudiante. Anotaciones que podían servirme si un día volvía a actuar, y ese día había llegado. Y no imaginé nunca que el marco de ese día lo daría el colegio. Que el escenario sobre el que actuaría sería una tarima al centro de un gimnasio. “El actor debe siempre creer hasta cierto punto en la vida escénica del curioso animal que representa”, dice Peter Brook. Y “el actor puede interpretar de mil maneras el retrato que elige porque no hay una única alternativa para hacerlo”. No hay una única alternativa para representar, transformar, encarnar. El resto es práctica, dice él. Y no puede hacerse solo.

La calle se llenaba cada vez de más y más gente. Seguí caminando. Abrí el bolso. Saqué la botella térmica de café. Tragué dos, tres veces. Mi respiración se llenaba, despertaba mi estado de alerta. “Estado de alerta”, otra regla imprescindible del teatro y el boxeo tailandés. Sentía ese impulso recorrer como sangre caliente mis pies. Pero entre mis pies estaba el relato de Máximo con el que todavía tropezaba, los orgasmos que tenía conmigo y que tanto sufrimiento le traían, lo que hizo en nuestra cama con un cuerpo más grande que el mío. Pensé en su cara. En su sangre. En el cuerpo insatisfecho, en un hijo incapaz de complacer ni complacerse. Con ella chocaba. Circunstancias. Las mías. Las conocía de memoria.

Bajo la luz de los pocos y débiles faros yo avanzaba. La bruma espesa no permitía ver con claridad. El frío me llegaba a la cabeza. La neblina no es otra cosa que gotitas minúsculas de agua suspendidas. A esa hora parecían cubrir el paisaje con un velo diseñado especialmente.

Sudaba en la espalda, bajo los brazos. La cabeza me palpitaba igual o más que el corazón. Avancé hasta la estación siguiente, aunque podría haber bajado a cualquiera. Quería saltarme al gentío. Tres estaciones más de lo habitual. Más y más tarde. Máximo y su madre. Seguía sucediendo. La sombra de ellos ganando cuerpo, abriéndose. En algún lugar oscuro de mí. En círculo se repetía, como la bailarina de una caja musical. La gramática de esa madrugada seguía a pesar mío.

Me concentré en la calle. En el pulso disperso de los pasos. La luz roja de un semáforo me detuvo. Ahí, entre quienes esperábamos cruzar, abrí de nuevo el bolso y saqué la botella con café. Me llené la boca con una buena cantidad. Olía fuerte. Antes de tragar, moví el líquido sobre la lengua y alrededor de las encías como si con él me enjuagara los